

Tomás Segovia y la obstinación de la poesía

Raquel Serur

Tomás Segovia es uno de los poetas más decantados del panorama literario actual. Discreto, Segovia ha creado con el paso de los años una obra ineludible en el ámbito de la poesía contemporánea. Raquel Serur, estudiosa y académica universitaria, analiza en este texto dos libros recientes de la obra de Segovia: Salir con vida y Día tras día.

Dos son los libros de poesía más recientes en la producción literaria de Tomás Segovia: *Salir con vida* (2003) y *Día tras día* (2005). Ambos aparecen publicados en Ediciones sin nombre, que dicho sea de paso, ofrece impresiones austeras pero impecablemente cuidadas. Menciono estos dos libros no sólo porque son los últimos que ha escrito Tomás Segovia sino porque creo que la vena poética segoviana se nos ofrece una vez más plenamente renovada, con un ángulo al que yo quisiera asomarme. De ninguna manera pretendo abarcar ambos textos. Más bien, quisiera centrarme en *Salir con vida*, pues me parece que vale la pena detenerse en este texto cuya riqueza nos ofrece una nueva puerta de entrada al ya de por sí rico *corpus* poético del autor. Y, dado que en este texto Tomás Segovia explora la relación entre el poeta, el yo poético y la poesía, creo pertinente dividir en dos partes este ensayo. En la primera quisiera hablar del escritor y de cómo lo percibo, para lo cual he pretendido hacer una suerte de retrato de Tomás Segovia,

y en la segunda parte hablar de su poesía a partir de *Salir con vida*, un texto, insisto, muy singular en la producción poética segoviana.

RETRATO DE TOMÁS SEGOVIA

Quisiera empezar por recordar una imagen que, en 1963, con una economía de lenguaje admirable, Octavio Paz logra darnos de Tomás Segovia una imagen que, al menos en parte, sigue siendo vigente y que podríamos hacer nuestra:

Aparece un escritor para mí esencial: el poeta Tomás Segovia. Temo que la mayoría aún no haya advertido que su obra, solitaria pero no aislada, singular y no marginal, constituye una tentativa por rescatar como totalidad experiencias que en otros aparecen separadas: vida y reflexión, lo cotidiano y lo extraordinario, el presente y la memoria.

En unas cuantas palabras, Paz logra sintetizar nuestra experiencia cuando entramos en contacto con la poesía de Tomás Segovia. Para muchos de nosotros se vuelve de inmediato un escritor esencial, y no sólo por las razones que Paz aduce sino también por otras que quisiera traer ante ustedes en esta ocasión y que tienen que ver con la figura completa del poeta, que se presenta ante nosotros como una totalidad de vida y obra, y no solamente como la suma de sus libros.

Si tuviera que definir a Tomás Segovia con tan sólo dos palabras éstas serían: seducción y congruencia.

No me voy a referir a su capacidad de seducción con las mujeres, pues fama de don Juan vaya que la ha tenido. Me importa más la seducción que ejerce Tomás Segovia con su testaruda manera de ser poeta. Tomás Segovia seduce con la palabra, con una sonrisa o con su propia imagen de hombre joven que porta con igual dignidad el morral que las canas o la mirada, perpleja e inteligente del que nunca pierde su capacidad de asombro. Lo mismo seduce con el poema terminado que con la entrega robinsoniana del poeta que manufactura sus poemas en su taller. El cuidado y el amor con que cultiva su quehacer poético lo llevan a acariciar, de la misma manera, los dos momentos de su producción poética. Para Segovia, el gozo que implica el hallazgo de la palabra precisa en la escritura de un poema es equiparable al placer que produce escoger entre diferentes texturas de papel, cortar la medida precisa, titubear frente al tipo de letra adecuado o encuadernar ese objeto único e irrepetible: el libro.

Seguramente habrán tenido ustedes entre sus manos algún ejemplar con el sello de El Taller del poeta y saben entonces a lo que me refiero.

En una invocación a Emilio Prados, en este juego de espejos que es la vida, Segovia nos cuenta que:

Emilio me enseñaba también, sin necesidad de darme lecciones, la dignidad del trabajo, en especial del trabajo artesanal. Porque es en la artesanía donde todavía hoy el trabajo se muestra en la plenitud de sus dos caras opuestas: no sólo como producción, esa operación que transforma la materia de nuestra herencia natural en un mundo de bienes económicos despegados de su raíz y crea esos nuevos circuitos, propiamente económicos, que se cierran sobre sí mismos y fundan el orden de la explotación y la injusticia; sino también como *hechura*, esa lucha amorosa con la materia, ese contacto corporal, manual, con las cosas y su resistencia que nos deja saber sobre la materialidad del mundo lo que sólo la mano, nunca el intelecto, puede saber. Por eso lo que sale de las manos del artesano no es nunca puramente bien de consumo, sino a la vez bien precioso, belleza no desechable, objeto no para la necesidad o el apetito que se satisfacen destruyéndolo, sino para el amor que, digan lo que digan, está más allá de la dialéctica del apetito y la satisfacción, de la apro-

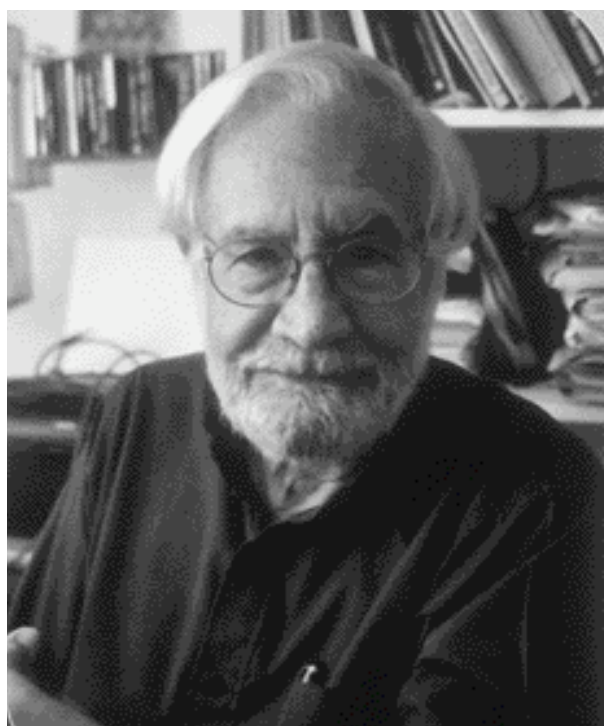
piación y la destrucción, sino que es capaz de apetecer en la satisfacción y satisfacerse en la apetencia. Los que han leído con atención a Emilio Prados saben que ese oscuro y nebuloso amor del que habla tanto, a veces con mayúscula, es claro por lo menos que es de esta especie.

Otro rasgo seductor en Tomás Segovia es su irrenunciable antiautoritarismo, que se trasluce en el día con día; que se afirma cercano a lo inmediato y esencial de la vida y lejano del mundo del poder y del dinero o del mundo cultural institucionalizado. Su búsqueda va por otro lado, por la necesidad de renovar las formas del asombro frente a la oblicuidad de cierta luz de otoño o frente al enigma de lo femenino que revela verdades intangibles e inaprensibles por la experiencia; de lo efímero de la existencia, que necesita del discurso poético para que le entregue una existencia perenne.

Como él mismo lo dijera al recibir el Premio Octavio Paz en el año 2000:

En mi poesía hay la descripción minuciosa de una sensación, experiencias localizadas con el día, la hora, la situación, el clima, para encontrar de qué manera eso es pensamiento, o sea, encontrarle el meollo de verdad que incluye.

La palabra como vehículo del espíritu es la única necesidad de poder que tiene el poeta Tomás Segovia y a ella se ha abocado a lo largo de una existencia plena. Lo que seduce en Tomás es la certeza de una ruta que no admite otro desvío que aquel a donde lo lleve su búsqueda de la Belleza o de la Verdad con mayúsculas. Cuando la palabra poética le resulta insuficiente toma el camino de la filosofía, que permea su ensayística, o



Tomás Segovia

incluso el de la traducción, que conlleva el desafío de meterse en el enigma del “otro”, de apropiarse de su experiencia al encontrarla en lengua propia.

Para Tomás no hay trabajos menores o deleznales. Todo trabajo adquiere el peso o la importancia que le da la convicción de lo que es suyo: la palabra escrita.

Por lo mismo, en la evocación-invocación de la figura de Emilio Prados, Segovia subraya este rasgo en la persona del poeta que los pone, sin duda, del mismo lado de la historia:

Emilio Prados no estuvo nunca del lado del poder, ni siquiera del poder o del posible poder revolucionario. Es claro también que no se rozó nunca con los poderosos de una u otra especie, ni aun bajo esa forma tan moderna de los que les hacen impertinencias pero se dejan mimar por ellos.

Nos queda claro que Tomás Segovia se nutre no sólo poéticamente de Prados, quizás uno de los poetas que más admira, sino también de su integridad, que hizo suya a muy temprana edad y que lo han acompañado siempre.

Otro resquicio en donde Tomás Segovia ejerce la seducción es en el de la conversación. Me precio de haber tenido la oportunidad de conversar con él en distintos momentos y disfrutar de su compañía generosa en este renglón como en muchos otros. La intensidad de la conversación se debe quizás a que Tomás es un ser en fuga. O está ausente o está por irse a otro lado. Por lo mismo, el momento del encuentro, acotado por la duración de una cena o una taza de café, cobra una inusitada tesitura de hallazgo o confesión que se le revela al poeta; el diálogo es para él una suerte de epifanía. Sea que la conversación trate de la búsqueda de una palabra precisa para que el *Hamlet* de Shakespeare no nos resulte artificial en su versión al español o sea que cuente de sus amores presentes y pasados o amores pasados pero presentes en su entrega amorosa actual, Tomás Segovia nos seduce porque se presenta como un ser excepcional también en el terreno de la conversación, y en el de la amistad que se deriva de ella y que le lleva a abrir las puertas de su intimidad, de su casa, de su taller y de su sensibilidad poética.

Ese ser en fuga que es Tomás Segovia debe haber sido engendrado a muy temprana edad, cuando de muy niño conoció el destierro. Aunque el exilio no sea un tema que le interese trabajar poéticamente, es una realidad que se trasluce en su poesía en forma de paradoja: la presencia de la ausencia como la sustancia del error en el nómada. Si como dice Steiner hablando del pueblo judío, la tierra del nómada es el libro, en el caso de Segovia, esa tierra es la poesía.

El que hace su casa en todas partes, ¿no es justamente el gran artista? Lleva consigo el arte: la virtud de hacer la casa. El nómada es el pastor. ¿El más alto artista no es el

pastor de los hombres? (“*Les mots de la tribu*”) ¿Es el Profeta? ¿El poeta-profeta es el poeta pastor nómada? ¿Paga con ello un precio excesivo? ¿O al revés es el único que puede ser el familiar del Mundo? (Segovia 1988, 444).

Tomás Segovia no sólo es el familiar del mundo sino que nos ha regalado a todos sus lectores con un *corpus* poético que, de manera original y perseverante, nos remite a adentrarnos en lo esencial de la vida: el erotismo, el tiempo, la ausencia, la belleza, elementos todos ellos que, como el propio Tomás Segovia, están siempre en fuga.

SALIR CON VIDA

En su libro *Salir con vida* Tomás Segovia reúne los poemas escritos entre el año 2000 y el 2002. De entre los últimos libros de Segovia, éste, *Salir con vida*, me parece una pequeña joya en el contexto de su obra literaria. El libro, a pesar de su brevedad, consta de cuatro partes. La primera lleva el mismo título del libro y contiene un solo poema largo: “Sobreviviéndome”; la segunda, *Días después*, da cuenta de los poemas escritos entre julio de 2000 y marzo de 2002; la tercera, *Recalcitrancias*, consta de once poemas breves que nos llevan a la cuarta y última parte, *Pleno verano*, la que cierra el libro con otro poema largo, escrito entre junio y julio de 2002, que Segovia titula “Horas libres”.

Salir con vida, como su nombre lo indica, es una reflexión poética sobre las relaciones que se tejen entre la poesía, la vida y el poeta. En este libro Segovia nos revela cómo el poeta es él mismo, muchos sujetos que van dando origen a un yo poético que, a su vez, paradójicamente, es el que recorre la propia existencia del poeta, dándole continuidad a su existencia; ese yo que se aferra a su capacidad de asombro y a sus afirmaciones, a su necesidad de afirmar una visión de la vida, un modo de captar la luz que ilumina las cosas de la vida, desde las más nimias hasta las más definitivas, capturándolas en un entramado lingüístico. Lo que sale con vida, lo que sobrevive a la experiencia de lo inminente de la muerte, sugiere Segovia, es la poesía; ella le permite al poeta mirarse desde otro ángulo, ser otro, ser aquel que ha estado en la frontera que separa lo vivo de lo muerto, ser un hombre que sigue en vida para dar cuenta y darse cuenta, desde el hilo delgado de la vida, que la luz que derrama la poesía sobre las cosas es la fuente del deslumbramiento pasado y presente.

Ahora soy sin remedio
de otra sustancia que mi vida
sigo aún vislumbrando
tras una leve bruma inocua
el rostro del destino.

Tal vez lo nuevo, como sugieren los poemas que componen el libro, es la nostalgia del que vislumbra “el rostro del destino”. Nostalgia que provoca angustia. Angustia que surge en aquel que ha visto ese rostro que no es otro que la imagen de la muerte como una muerte propia. Mientras hay vida, el destino individual no queda sellado. Lo hace en el momento de la muerte, cuando ya nada puede cambiar el destino individual.

No es la fe en el futuro lo que está suspendido
es la duda infecciosa que me ahoga el pasado
me dejo ir de espaldas sobre la nostalgia
para huir de la angustia en sus nubladas playas
y lo que encuentro en ellas
es la guarida misma de la angustia
la memoria poblada teme sus propias sombras
en cada evocación hallada en sus caminos
se agazapa como una turbia araña
la angustia y su acre asma
la angustia ese fantasma
sentado encima del pulmón

A la angustia le sucede el cuestionamiento del que mira para atrás con el miedo pero sin el peligro de convertirse en una estatua de sal; del que acude a la duda, del que busca el sentido de lo vivido y lo encuentra como un haz de luz. ¿Quizá la poesía como luz divina? ¿Poesía que surge después de la muerte de los dioses? ¿Poesía del desamparo? ¿Poesía como único territorio en donde lo sagrado se hace visible para esfumarse en el instante en que termina su escritura o su lectura?

¿No era esto de lo que tanto hablábamos
quizá sin comprenderlo
al hablar de la muerte de los dioses?
(...) ¿podría ahora
este insalvable desamparo mío
hacerse cargo él solo en la intemperie
de la luz desertada por los dioses?
No lo he de saber nunca
pero ésa es mi tarea posible o imposible
volver a abrir la luz insumergible
donde pueda ser vista la verdad de mi historia.

Verdad que sólo puede ser vista a través de los cristales del tiempo individual; que encarna en el cuerpo de aquel que envejece bajo el mismo cielo de aquellos otros que no tendrán que padecer por ahora la desventura de ser testigos de la extinción paulatina de todo, día tras día, como del escenario cuya luz se apaga lentamente y que es el cuerpo del poeta.

Mientras que el yo poético se enfrenta a la poesía, a la “ardua mirada de los dioses”, y se aferra a la luz de la palabra, el autor, el ser de carne y hueso, se recorre y se lamenta al ver lo que el tiempo ha hecho con la luminosidad de aquel cuerpo suyo cuando estaba en plenitud. Desde la poesía, el poeta ordena:

Cómanse pues los dioses mis despojos
no les preguntaré por mi otra vida
no les preguntaré por su alimento.

En *Días después*, Tomás Segovia, en un despliegue de su oficio de poeta, subraya la imagen de la luz como la



Ricardo Boix, Sin título (IV), 1934



Ricardo Boix, Sin título (II), 1934

poesía que se recobra al sobrevivir el poeta. De manera más pausada y más fugaz también, la poesía se presenta instantánea en “Viejo aire joven”, en “Duro azul”, en “Vi vez invierno”, en “Luz rara”, en..., en..., sirvan de ejemplo estos versos impecables de “Vi vez invierno”:

Esta luz de ojos tan abiertos
nos deja bien barrido el frío
donde el atento invierno
se ha escabullido de sus distracciones
y hace ondear como limpias banderas
jóvenes emociones dichas y ateridas.

Recalcitrancias es la sección del libro en donde el yo poético pone su acento en el poeta. Hay un cambio de tono. Nos enfrenta a un poeta que percibe que lo poético, que de por sí es un milagro, ya ha sido relegado. Si su lugar central eran los márgenes a lo largo de todos los tiempos, en el mundo actual, mundo invernal que también transita en la cuerda floja entre la vida y la muerte, mundo que, él también, como nuestro poeta, se sobrevive apenas, inclinándose más bien por el lado de la muerte, puesto que extirpa de sí mismo la luz de la poesía, la presencia de lo poético.

Lejos lejos
día tras día más irrecuperable
aquella luz que daba vida y cuya ausencia
en las fosforescencias que la sustituyen
nos tiene atónitos y así sumisos
a no sabremos nunca quienes.

En “Aprendizaje”, con un lenguaje conciso e implacable, Tomás Segovia nos muestra al poeta asedia-

do por un mundo mortífero, mortuorio, moribundo; un mundo en donde la poesía no cabe ya ni siquiera como una palabra. El sentido del humor es lo único que permite al poeta, y a nosotros sus lectores, sobrevivir el sofocante asedio de la muerte. Cito el poema completo:

A lo largo de tantos y tan pacientes años
he ido aprendiendo más y más a fondo
lo que quieren decir nuestras palabras
más tremendas más negras más enmudecedoras
guerra bomba misil antimotines
antipersona tanque portaaviones
metralla campo de concentración
campo de refugiados submarino
represión corrupción pena de muerte
fusilar mutilar masacrar genocidio

sigo sin entender lo que quieren decirnos
cuando nos dicen que subió la bolsa.

La última sección de *Salir con vida*, “Pleno verano”, es, a pesar de todo, un canto a la vida. Es la insurrección del poeta que, junto con la poesía, se resiste a morir. La vida se yergue como una forma de enfrentamiento al mundo que se empeña en su curso: aniquilar todos sus destellos poéticos.

Así como Molly Bloom en el *Ulises* de James Joyce da término a la monumental novela con un “Sí” a la vida, Tomás Segovia se afirma en la comunión rebelde del poeta y de la poesía, que resurgen para exigir su lugar en el mundo. Vuelven para pedirle a la vida no un resquicio, no un refugio, no un rincón; vuelven para “pedir todo de nuevo”:

El verano en mi piel imprime
con ternura su palma
también una deidad muda y adversa
sin querer me hace libre
y al fin al fin
dios altanero
tiempo
porque tan poco que pedir me dejas
de nuevo sólo puedo pedir todo
de nuevo no hay cadenas
no hay nada que pedir nada que rehusarme
e igual que en aquel tiempo en que mi vida
era toda futura
otra vez ella
ella la vida
tiene en mí su amor libre
y en ella yo mi libertad completa
toda aquí en mi presente
toda con su futuro hoy presente. [U]



Ricardo Boix, *Sin título (I)*, 1934



Ricardo Boix, *Sin título (III)*, 1934